

Lo que sea de cada quien Esperando a Passy

Vicente Leñero

Pasó frente a mí, en el camellón del Paseo de Recoletos, y hasta que no estuve a sus espaldas lo identifiqué en el recuerdo. Carajo. Giré ciento ochenta grados y me apresuré para alcanzarlo antes de que cruzara hacia el café Gijón. Se azoró cuando le puse una mano en el hombro.

—Antonio Passy, ¿verdad?

—¿Quién eres?

—Soy de México. Te reconocí, de hace cincuenta años.

Estiró el cuello y entrecerró los ojos para enfocarme de cerca. Tenía la frente repleta de rayitas.

—¿Nos conocemos?

—*Esperando a Godot*, ¿te acuerdas?, en La Capilla de Salvador Novo. Tú eras Estragón, Ancira era Vladimir y estaban también Memo Orea y Raúl Dantés.

—¿La viste? Fue algo maravilloso.

—También vi tus puestas de *La cantante calva* y de *Los ciegos*, ¿Ghelderode?, en el teatrillo Ródano. Antes de Jodorowsky.

—Las prohibió la censura.

—Y *Rinocerontes* de Ionesco.

—También la prohibieron por comunistoide —sonrió como un mimo viejo.

—Trabajabas a veces en la televisión con Ricardo Wagner, siempre al lado de Magda Donato.

—¿Quién eres? —volvió a entrecerrar los ojos—. ¿Nos conocemos?

—Yo era un chamaco que iba mucho al teatro, nada más. En La Capilla, Salvador Novo recibía personalmente a los espectadores. Les mostraba la carta de su restaurante y les tomaba la orden para la cena después de la función. La sopa de aguacate era lo obligado.

—¿No quieres que nos tomemos un café? —señaló hacia el Gijón.

—Tengo un poco de prisa.

—Dime más de *Esperando a Godot*. Fue

lo mejor que hice en la vida.

—Sin duda.

—En México nadie sabía quién era Beckett. Mucha gente no entendía la obra. Se iba del teatro antes de empezar el segundo acto; hubo funciones en que nada más se quedaban diez o quince. Pero los que se quedaban, se quedaban estupefactos. En total dimos como cincuenta o sesenta representaciones. Y con todo, fue un éxito.

—La única escenografía era el árbol de López Mancera, ¿te acuerdas? Detrás: el ciclorama negro. Tú llevabas un bombín y aparecías sentado en la orilla del proscenio tratando de quitarte el zapato que te apretaba. No podías.

—No hay nada que hacer, decía yo.

—Luego llegaba Ancira y te decía: Me alegra volver a verte. Creí que te habías ido para siempre.

—Y yo contestaba: Yo también —me puso el índice en el pecho—. Es decir: yo también pensaba que yo mismo me había ido para siempre, ¿te das cuenta? Eso nos hacía ver Novo, en los ensayos: que en ese comienzo se concentraba toda la filosofía de la obra.

—Casi todos se han ido para siempre, ¿no?

—Cómo.

—Sí, se han muerto. Novo, Ancira, López Mancera, Memo Orea, Raúl Dantés.

—Es cierto, no lo había pensado. —Me tomó del brazo, parecía jalarme—. ¿De verdad no quieres tomarte un café?

—Tú eres el único sobreviviente de *Esperando a Godot*.

—Pues sí.

—¿No extrañas a México?

—Me haces extrañar ahora *Esperando a Godot*.

Se quedó un instante pensativo. Parpadeó. Sus labios dibujaron una suave sonrisa.

—¿Haces teatro en Madrid?

—Sobrevivo. Vengo a tomar café todas las tardes, aquí en el Gijón. ¿Por qué no nos vemos mañana, tienes tiempo? A las cinco.

Iba a despedirme de mano, pero Antonio Passy me estrechó en un abrazo. Luego se dio la vuelta, cruzó la calle lateral y se metió en el Gijón. Llevaba un saco negro que le quedaba ligeramente guango; las mangas parecían rebasar sus puños. Solamente le faltaba el bombín para ser de nuevo Estragón.

A la tarde siguiente, puntual, me senté al fondo del café y pedí un expreso doble. Dieron las cinco, dieron las seis, dieron las siete, y me quedé esperando a Antonio Passy. ▮



Café Gijón, Madrid